

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



## SUSCRICION PARA ESPAÑA.

**MADRID.** ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIAS.** ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,  
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de  
 D. Francisco de P. Mellado.

1<sup>er</sup> Año. N<sup>o</sup> 44.—Octubre 28 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la  
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,  
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de  
 España y América, á los Sres. A. Lapiace y C<sup>a</sup>, calle de  
 St. André des Arts, 47.

## SUSCRICION PARA AMÉRICA.

**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).  
**PACIFICO.** ... — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.



Interior de un café en Suez.

Ayuntamiento de Madrid



## CRONICA DE PARIS.

~~~~~ Una escena tan imprevista como curiosa ha tenido lugar esta semana en una fonda del boulevard de los Italianos.

Admírense ustedes! un caballero arrojaba, no ya la plata, sino el oro á manos llenas por la ventana.

Hé aquí la historia, segun la hemos oido relatar á un co-inquilino de ese Mejicano, Peruano, ó Brasileño (no sabemos á punto fijo su verdadera patria).

Parece que este sér exótico habia encargado una bata á un almacén especial.

La queria de seda oscura, acolchada y con adornos y cordon azules.

Para concluir la se necesitaban ocho dias.

Hicieronla al cabo, y se la trajeron á su alojamiento en hora en que no se hallaba en casa.

El sastre la dejó en su cuarto.

Pero cuando nuestro hombre entró de la calle, se encontró con una carta de Londres que le obligó á partir inmediatamente.

Al otro dia el sastre fué á cobrar el importe de su bata que ascendia á unos ciento cincuenta francos.

Mas ¡oh dolor! dijéronle que el Boliviano, Chileno, Argentino, ú lo que era, habia marchado sin saberse á donde.

El mozo de la fonda ignoraba que la ausencia del extranjero tenia por objeto hacer una pequeña excursion, y que éste habia dejado sus maletas.

Imagínense ustedes el furor del infeliz sastre!

Creyéndose estafado por un caballero de industria, se fué derecho á contar el lance al comisario.

La policía tomó cartas en el asunto.

¡Ay del Venezolano, Taitino, Ecuatoriano, ú lo que sea, si le echan el guante!

Pasaron quince dias.

De repente, el sastre de la bata sabe que su parroquiano ha reaparecido.

No hay que decir si nuestro sastre se apresuraria á visitarle, precedido, por supuesto, de un agente de policía.

Cuando llegó, el agente estaba casi convencido de que el discípulo de Mercurio (y dispénsese el gremio de las solapas y de las *sisas*), habia hecho una denuncia lijera.

El Caribe, por cuyas venas corria fuego líquido, estaba tan indignado como furioso.

¡Pobre sastre, en qué mala hora llegó!

Al divisarle, el extranjero siente crecer su ira que exhala por último en los términos mas ardientes.

— Cómo!... bergante!... — le dice — ¿se ha permitido usted creer que un hombre como yo se habia de marchar con sus 150 francos... ó con sus 1,500, porque yo no sé lo que podrá valer ese trajo? — y pisoteaba la bata, cuerpo inocente del delito, con entrambos piés. — ¡Me toma usted por un ladrón, por un descamisado?... á mí!... á mí!... (Intercalen ustedes aquí los epítetos mas trasoceánicos). ¿Sabe usted con quién habla?... Amenazarme á mí con la policía por dinero? por dinero!... por oro!... Cree usted que no lo tengo para pagarle?... Tóme usted!... y cóbrese y conozca en fin quién soy, miserable!

Y diciendo de esta manera, metia los manos en un cajon lleno de oro, le tomaba á puñados y en el colmo de su indignacion casi epiléptica los arrojaba á la cabeza del infeliz sastre, á quien despertaron de su pasmo y aturdimiento sendas auríferas machacaduras.

Lanzadas las monedas con todo el potente furor de un brazo americano le golpeaban el rostro levantándole cada roncha que cantaba el credo!

El pobre diablo gritaba como un energúmeno.

Jamás imaginó verse tan escesivamente pagado!

Pero las tres cuartas partes de las piezas de oro pasaron por encima del blanco, — negro á puros golpes en aquel momento, — salieron por la ventana que estaba detrás rompiendo los cristales, y fueron á caer sobre el boulevard mezcladas con los pedazos de vidrio. Esta inesperada lluvia de oro convirtió en improvisadas Danaes á todas las personas que por su buena fortuna se hallaban entonces sobre la asfaltada acera.

Cinco ú seis mil francos, ó acaso mas, llovieron de este modo y fueron á esparcirse hasta debajo de los carruajes estacionados, trasformando ellodo del macadam en una verdadera mina, mientras el industrial de la aguja lanzaba desde allá arriba lastimeros gritos.

El caso no era para menos. El pobre habia recibido 120 francos en un ojo, 80 en las narices (su bata estaba ya mas que pagada) y 60 sobre la boca. Esta era la propina!

Maravillado el agente del espectáculo, se quedó en un principio sin fuerzas y sin voz para interrumpirle; pero al fin recobró su presencia de espíritu, y, metiéndose por medio, llamó al orden y á la economía al Granadino ú Canadiense, y sustrajo á la víctima del furor de un pago tan al contado y con tantos intereses.

Tomó el sastre la puerta mas que de prisa, despues de haber embolsado una parte de aquellos extraños proyectiles, hasta cubrir el importe de su malhadada cuenta, y el Ecuatoriano se calmó, persuadido como estaba de que en adelante no le tomarian por un aventurero venido del Paraguay ó del Uruguay para escamotear batas en Paris.

Cuando subieron de la calle á restituirle parte del oro que habia tirado por la ventana rehusó admitirlo, é hizo de él graciosa donacion á las honradas personas que se le devolvian.

Dos líneas para concluir: este magnífico extranjero, tan original en la manera de pagar sus cuentas, se llama Juan Gallapagos.

~~~~~ Uno de los matrimonios mas ricos de la semana ha sido el de un oficial dimisionario con la hija de un industrial del cuartel Popincourt.

Entendámonos sobre la palabra riqueza.

Ella tiene veinte años y dos millones.

El treinta y las economías de su sueldo de teniente.

Vengamos ahora á la historia de este original matrimonio.

Leales y honrados ante todo, no vemos ningun motivo para no remitir al *Constitucional* del 7 del corriente á los que deseen completar los nombres de Alberto Desp... y de Enriqueta Laz...

M. Laz..., padre, murió hace diez y ocho años dejando una viuda... y casi puede decirse una huérfana, porque Mma. Laz... está demente desde hace tres años en la casa de sanidad de uno de nuestros mas célebres médicos, el doctor B. de B...

— Pero y los dos millones? — dirán ustedes.

A ellos voy á parar, no hay que impacientarse. M. Laz... los ganó fabricando un agua que el capricho público ha puesto muy en boga desde hace siete ú ocho años... Pero no, seamos justos, no ha sido el capricho, sino la falta de tiempo; porque en los venturosos que alcanzamos, por no tenerle para nada, nadie le tiene ni aun para digerir! De aquí la necesidad del agua de Seltz como estimulante y digestivo: es decir, que en resumidas cuentas, la tal agua se encarga de disolver todo lo mas pronto posible aquello mismo que escita á tomar...

¡Oh agua maravillosa y nunca bien ponderada!

Pero continuemos nuestro relato.

Es evidente que tomando agua pura con la mano derecha y vendiendo agua de Seltz con la izquierda, — despues de haberle añadido varios carbonatos y de haberla puesto en botellas amarillas armadas de un piston — es evidente repetimos que uno puede ganarse un mil por ciento sobre el capital impuesto! Pues bien, M. Laz... fué el primero que comprendió en Paris esta sencilla teoría, y el porvenir inmenso que habian de tener los tales *pistones* entre los estómagos perezosos. Muchos espendedores al pormenor — que ardian en deseos de vender por veinte lo que no les costaba mas que cinco — ayudaron al fabricante á popularizar el brebaje que se prefiere, no obstante sus artificios parisienses, al mismo néctar del Rhin, á pesar de su pura naturaleza.

Tanto se entronizó el sifon entre los adinículos de las casas particulares, y tantos arroyos de agua corrieron de la una á la otra mano del fabricante, que M. Laz... pudo dejar á su hija un precipitado neto de dos millones de francos.

Hablemos del matrimonio.

Mlle Enriqueta tiene unos ojos casi tan hermosos... como su dote.

Quisieron casarla; pero dijo que nones.

Cuando entró en posesion de su par de milloncejos, cuando la *pobrecita* pudo libremente disponer de sus veinte años y de su corazon, un tío suyo, — que seguía elaborando la famosa agua de Seltz, — la dijo:

— Vamos, hija mia, ¿en qué piensas? ¿quieres casarte con un marqués?

— Un marqués?... no por cierto! Quiero casarme con un jóven teniente de línea que veo pasar bajo mis ventanas desde hace un año. Ese es el único que me gusta.

El bueno del tío, — que debía á la amabilidad de la sobrina el no haber encontrado obstáculos para entrar en la sucesion de la fábrica — no dijo esta boca es mia, y se fué derecho á buscar al coronel del preferido.

Los antecedentes del oficial eran intachables...

El resto del negocio se arregló como se arregla en todos los vaudevilles.

Y el cuento concluye... como concluyen todos los cuentos.

~~~~~ Mas aun sobre el agua de Seltz.

Esta admirable agua se ha filtrado ya tanto en el uso diario, que existe al presente en la calle de Montesquieu, un restaurant-bazar establecido por un carnicero, — con mas cinco ú seis sucursales en varios puntos de Paris, — donde cada mesa está agujereada en el centro por un piston, del que estrae todo comensal cuanto líquido quiere mediante la económica adiccion de dos sueldos al importe ordinario de la comida.

Estos restaurants están servidos por mujeres vestidas de blanco y negro como las hermanas de Caridad.

~~~~~ Vaya un cuento que lo parece aunque no lo es.

En Paris vive actualmente una inglesa.

Esto nada tiene de particular, porque en Paris hay muchas.

Pero es el caso, que al lado de esta inglesa vivia tambien una jóven sin dote.

Lo cual, y dicho sea entre paréntesis, tampoco tiene nada de extraño, porque no es ella la sola.

Pero quizá sea ella la sola que tenga la mencionada circunstancia y viva junto á una inglesa *original*.

Y he aquí por cuanto la originalidad de nuestra inglesa ha venido á hacer la fortuna de la pobre desheredada.

« — Ernestina, — la dijo una mañana la ex-rubia hija (*¡como que tiene ya el cabello blanco!*) de la nebulosa Albion — ¿quieres 50,000 francos de dote para casarte?

» — ¡Qué si los quiero! ¿Pues no los he de querer?



¡Y una mujer joven y acaso hermosa pasa su vida junto á este Júpiter, cuya peluca exhala el perfume de la canela! A la sonrisa de la infeliz, el Júpiter responde con un fruncimiento de cejas olímpico. Los mimos que la esposa inventa para hacerse ilusión acerca de ese egoísmo pedante, son acogidos siempre con la misma gravedad desdenosa que un viejo leon miraría los alegres retozos de un perro faldero.

En concepto de nuestro hombre, toda familiaridad es un insulto á los derechos de su burlesca apoteosis. Cuando se inclina para que sus hijos le besen, les presenta una máscara de yeso que los asusta. Nada es bastante para hacerle salir de su mesurada seriedad; nada es poderoso á conmover los rígidos pliegues de su adusta fisonomía. Las dos arrugas oblicuas que parten de las alas de la nariz no han temblado jamás... sino por el excesivo calor de la sopa.

Hay otros muchos tipos además de este. Descarto desde luego — para no parecerme á la multitud de novelistas fotógrafos — el tipo del anciano militar retirado y mal contento, vieja crisálida de mariscal de Francia, condenada por el destino á permanecer para siempre dentro de su raído capullo de paño azul. Dejémosle el derecho de no reír sino en sus buenas horas y de despreciar un poco al género humano. Verdad es que el género humano que él desprecia no sabe marcar el paso, ni ha comido á caballo, ni dormido bajo la bóveda estrellada, ni ha visto los bigotes de la muerte, ni se ha lavado jamás su propia camisa.

El mas terrible de todos los *ataja-solaces* es sin disputa el literato. No vayan ustedes á figurarse que es un hombre de letras, sino un hombre político, diplomático en ciernes, ministro en visperas, filósofo profundo, crítico hasta dejarlo de sobra, é historiador que investiga las causas de las causas, los efectos de los efectos y las consecuencias de las consecuencias. A través de sus gafas, que desenvaina á cada paso, mira con un soberano desprecio la pulcritud del vestido y el aseo de su persona. Sus frases, donde la metáfora está desterrada, tienen un metro de largo, y parecen un capítulo de interminables adverbios. Dentro de su mal ceñida corbata sonríe de los ataques de los

pequeños diarios, y nunca se roza sino con esos grandes seres de razón múltiple que se llaman Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia.

El horizonte político le inquieta de continuo y olfatea los grandes acontecimientos. En su escritorio tiene siempre un remedio á los males que afligen á la sociedad europea, y habla á cada instante de su lealtad y de sus principios en el tono de un hombre de suma importancia destinado á no ser comprendido. Y ¿qué es en resumidas cuentas? Una pomposa inutilidad, un maniquí adornado con una fraseología de convención; grave, porque es sóbrio de ideas, porque le falta el espíritu que fecunda, activa y exalta en el hombre la corriente de la vida física.

También la Academia es siempre grave. A la fuerza debe serlo, puesto que hace doscientos años que los académicos escuchan y pronuncian el mismo discurso.

He conocido muchos hombres graves, cuya figura producía en mí la impresión de una antigua catedral. Cuando trataba de sondear con la mirada y con el pensamiento sus incommensurables profundidades, no podía menos de decirme con cierta envidia: ¡hé ahí un vaso lleno hasta los bordes del mas puro y esquisito extracto de razón! Pero despegaban los labios y mis ilusiones desaparecían como el humo, y sabía por fin á qué atenerme respecto á ellos. Eran... hombres de paja puestos en la punta de un palo para espantar los gorriones! Nada tenían en el corazón, nada en el cerebro! He visto millares, y siempre me han intimidado... á distancia. Todavía tiemblo al recuerdo de un comerciante de granos de mi país, que llevaba el pendón en las procesiones, y de un tal Juan Gardán que distribuía el pan bendito en la iglesia. Tenían la cara mas triste que una cuaresma y sus miradas amenazaban clavar-me contra la pared, como suele decirse. Nadie los vió nunca ni reír, ni llorar, ni pronunciar una palabra inútil. Abandonaron este mundo como dos viajeros descontentos del hospedaje. Decíase entonces, y todavía se dice, que eran los mejores hombres de la provincia. Y sin embargo, nunca sonreían! Pero ¿cómo sonreír cuando se tiene el alma vacía, el corazón impotente? ¿cómo sonreír

cuando la mirada de un niño no reanima nuestras marchitas esperanzas?...

La cara es el espejo del alma. Un arca sin pilas de oro, sin rollos de billetes de banco, debe ser un mueble sumamente grave cuyas bisagras articularán, al abrirse, todas las sentencias de la sabiduría antigua.

JOSÉ DOUCET.

(Trad. F. de la V.)

#### ARRESTO DE ALICIA LISLE.

(Escena de la insurrección de 1685.)

El siglo décimo séptimo fué para la Inglaterra un siglo de luchas intestinas y de sangrientas convulsiones. Damos uno de sus episodios mas dramáticos en un grabado que reproduce el hermoso fresco del arresto de Alicia Lisle, con el cual el pincel de M. Ward acaba de adornar á la Cámara de los lores.

Esta escena se refiere á una de las lúgubres tragedias que entristecieron el reinado de Jacobo II, y que han legado el nombre de Jeffreys á la execración universal. Jacobo II, hijo menor de Carlos I, había recogido, en 1685, la corona de Inglaterra que la muerte derribara de la frente de su hermano Carlos II. Católico, encontré en presencia de los recelos de un protestantismo lleno de desconfianza. Acusado sin cesar de que violaba el juramento hecho, al subir al trono, de que no intentaría atacar la religión del Estado, vió estenderse á su alrededor un descontento que estalló en complots. Receloso y violento, este príncipe intentó anonadarlos por una represión inexorable. No hizo mas que irritar las pasiones que debían derrocarlo. Una de las conspiraciones mas formidables que agitaron su reinado, fué la insurrección del duque de Montmouth.

Este era un hijo natural de Carlos II. Dotado de brillantes cualidades caballerescas, era muy popular en Inglaterra; creyó, confiando en sus simpatías, que podría hacer valer su nacimiento como derecho á la corona de Inglaterra y la reclamó con las armas. El conde de Argyle, cuyo padre, jefe de la secta de los Independientes, había sido amigo de Cromwell, sublevó una parte de

tros escudos de armas, ni una perla á nuestras coronas heráldicas! Creo en el vapor, que será á la vez el ministro del rey *Dinero* y el comisionista viajero de la otra potencia explosiva que Napoleón llamaba *las ideas*. Creo en lo que veo, — y también en lo que no veo, porque soy miope; — creo en lo que sé, y en lo que no sé, porque puedo verme obligado á aprender. Creo, porque he dudado y advertido un día que dudar es estar ciego. Creo, porque he visto abrirse abismos bastante profundos para sepultar á los gigantes, y porque la duda es la que ha precipitado siempre á los gigantes y ahondado los abismos...

Esto no las divierte á ustedes; lo conozco y lo siento: para qué hacerme improvisar historias? El segundo medium que he visto, pues que hay que contar algo, era un Americano también, un joven alto, pálido, con una cabeza rosada y una larga barba rubia. Os advierto que esto es una anécdota completa, con el fin de que me presteis la atención, ya un poco distraída. Caxton hacía tocar la mano de los muertos; David Hammer mostraba los muertos en un espejo ordinariamente, sin espejo en caso de necesidad.

La historia no es antigua; ella es triste y tierna. Quisiera tener, para referírosela, las galas del estilo de mi muy caro enemigo el vizconde de Châteaubriand. Vi á David Hammer en Aspley-House, en casa del duque de Wellington, en donde daba representaciones por dinero. No me

preguntan ustedes aquí si creo ó no creo: ¿qué importa? He visto. Afirmino que he visto.

En el momento en que yo entraba en casa de Su Exc., Hammer se hallaba frente á un espejo que él cubría casi enteramente con sus dos manos estendidas, de manera que los pulgares se tocaban por sus estremidades. Yo ignoraba aun hasta que existiese este hombre y estoy poco versado en las prácticas de sus iguales; no obstante, desde el umbral de la puerta y desde el primer golpe de vista, adiviné la naturaleza de su trabajo. No vi, en cierto modo, nada mas que á él en el salón; todos los rostros de la asamblea, numerosa é ilustre, se me ocultaron. El mismo duque de Wellington, que se hallaba delante de mí, desapareció á mis miradas, fijas sobre el espejo, al través de su propia persona. El espejo me atraía como un prestigio, y recuerdo haber tenido el deseo, el apasionado deseo de conocer el fondo de este misterio.

En cuanto al estado físico, me sentía extraordinariamente débil, pero experimentaba una sensación de tal lijereza, que habría bastado, en mi juicio, el mas ligero soplo del viento para arrastrarme como una pluma.

David Hammer me presentaba su perfil y no podía verme, con los ojos de su cuerpo, por lo menos, pero me sentía, si puedo explicarme así, ó bien me veía por medio de otros órganos, pues se enjugó el sudor de la frente diciendo:

— El que acaba de entrar la ha conocido.

— ¿A quién? No lo sabía yo aun. Mi corazón se hallaba oprimido, ansioso mi pecho.

— Sí, dijo el duque en voz baja; el príncipe la ha conocido, en efecto. ¿Su presencia impide vuestra operación?

— ¡No... pero tiene influencia... Carlos Mauricio de Talleyrand-Périgord es un medium!

Me estremecí por esta operación y esto me despertó: la palabra es exacta al pie de la letra: sufría hasta aquel momento una especie de sueño. Vi á Su Excelencia y le saludé. Vi fijas en mí todas las miradas de la asamblea; tan viejo como soy, temo el ridículo; sentí abochornarme y murmuré:

— ¡Es posible que sea yo un medium, pues que M. Jourdain hacia prosa!

Al oír estas palabras, Hammer volvió la cabeza y me miró con aspecto airado. No sentí solamente su cólera en su mirada. Ella me impresionó en el interior. Esperimenté la necesidad irresistible de conjurarla. Me acerqué á él. Creo que quería hablarle, pero mis miradas se fijaron en el espejo, y vi al través de sus dedos unos rizos rubios que adornaban una frente pálida.

— Allí está! exclamé retrocediendo; ella es! ¡La reconozco... siempre bella!

El duque me apartó con un movimiento violento para ver á su vez, pero no vió nada.

Debo mencionar aquí la circunstancia de que el espejo mágico de David Hammer hablaba solamente á la persona para la cual se hacia



la Escocia en su favor. Jacobo de Montmouth hizo una diversion en el oeste de la Inglaterra y se halló frente al ejército real en el campo de batalla de Sedgemoor. Sus tropas fueron dispersas y él mismo cayó en poder de un vencedor cruel. Persiguióse á sus partidarios con un furor que se reveló por la pena de muerte pronunciada contra todos los que les dieran asilo.

Nuestro grabado traza una de esas catástrofes producidas por aquellas leyes sanguinarias. Una anciana, tan respetada por la generosidad de su carácter, cuanto por la austeridad de sus costumbres, abre su morada á los proscritos perseguidos por una venganza sin piedad. Aquella es denunciada.

Los feroces esbirros invaden su casa y ella no les opone, para proteger su hogar, sino la serenidad de su virtud y la majestad de sus cabellos blancos.

Se le intima que entregue á los rebeldes ocultos en su casa; ella levanta los ojos al cielo. Implora de Dios el valor y la



Arresto de lady Alicia, segun una nueva pintura al fresco de la Cámara de los lóres, por M. Ward.

fuerza para cumplir la mision santa que él le ha impuesto al enviarle algunos desgraciados.

Se registra la casa, los procritos son descubiertos, heridos, degollados á su vista; su única protesta corre en lágrimas por sus megillas y sube al cielo en oraciones.

Esa calma de la conciencia, esa serenidad en el sufrimiento, la acompañarán hasta la hoguera en donde debe expiar su piadosa abnegacion. Esas virtudes reviven en la aureola celeste que irradia la frente de esta noble mártir de la humanidad, en la hermosa pintura que el gobierno británico ha ofrecido al respeto de los pueblos en el santuario mas elevado de sus leyes.

FULGENCIO GIRARD.  
(J. R.)

CRONICA

DE  
TRIBUNALES.

Paris tiene singulares manías.

No hace mucho tiempo que le hemos visto enamorado como un catedete de una *señorita* ronca y chata, por anadidura, sólo porque levanta-



lo porque levanta-  
Dios el valor y la

Arresto de lady Alicia, según una nueva pintura al fresco de la Cámara de los lóres, por M. Ward.



Almoneda de objetos de arte en el Hotel de Ventas mobiliarias.



ba la pierna muy alto, y porque sabia sacudir con viveza un vigoroso puntapié en las narices de sus compañeros de danza.

Y vedle ahora prendado locamente de un joven acróbata por el envidiable mérito de que tiene los riñones mas sólidos que su vecino y por que sabe ejecutar bajo todas sus formas y con la mayor limpieza... el salto del trapecio.

Y no hay que decir que no. A cada representacion del joven y *habilitado* Leotard, el peso de los espectadores hace crujir las gradas del Circo de la Emperatriz.

Hace veinte años, cuando yo era joven, todo el mundo se saludaba con esta pregunta: ¿Ha visto usted á la Rachel?

Hoy, la muletilla de moda es: ¿Ha visto usted á Leotard?

En el oficio que desempeña, — y dispénseme si me atrevo á llamarle oficio, — el amigo Leotard gana CIENTO SEIS MIL francos por año. Su contrata está próxima á espirar y ya la Inglaterra le ha ofrecido CIENTO VEINTE MIL francos por seis meses.

Para ciertas jentes, que todo lo critican, es en extremo chocante que un acróbata gane mas que un ministro, que un embajador, que un mariscal de Francia; más él solo que una docena de magistrados ó de prefectos.

Pero seamos justos. El *trapeziólogo* Leotard arriesga mas que ninguno de los citados personajes, y el peligro que todas las noches corre de sacar una costilla hundida, una pierna rota ó la cabeza hecha pedazos, bien merece el precio que gana.

Verdad es que el *trapeziólogo* Leotard, — segun él mismo ha escrito, — «no trabaja por apego al dinero, sino por el amor de la gloria, solamente por la sed de gloria.»

¿El amor á la gloria, señor Leotard? ¿Está usted en su camisa? ¿Me gusta la pretension! Si hubiera usted dicho el *renombre*, muy santo y muy bueno; porque todo lo que es curioso, ú escéntrico, tiene derecho á ser renombrado: pero en cuanto á la gloria, es harina de otro costal. La gloria pertenece á todo lo que es grande por la inteligencia ó por el corazon, al inventor de gé-

nio como al gran poeta, al filántropo como al guerrero ilustre, al sabio eminente como al cómico distinguido; pero nunca al hombre que tiene mejores jarretes y mejores puños que Juan particular.

El amigo Leotard — que segun dicen ha cursado en el colegio de Enrique IV y tiene en el bolsillo el diploma de bachiller en filosofía — no ha sabido hacer esta diferencia. Los aplausos del público le han embriagado, y los humos de la vanidad se le han subido al cerebro. Como la *señorita* de la nariz chata de que arriba hice mencion, se ha puesto á publicar sus interesantes *Memorias*. Mas aun: se ha hecho fotografiar casi en pañales, esto es, con el vestido de punto que le sirve para sus ejercicios, y se ha encontrado tan hermoso, tan hermoso, que ha dicho clara y terminantemente á su director M. Dejean, que en lo sucesivo no se presentaria en otro traje ante el público de los Campos-Eliseos.

Pero falta que ustedes sepan que existe en el Circo un reglamento á tenor del cual todos los artistas de la compañía están obligados á vestir el uniforme de escudero y á prestar ayuda á sus camaradas durante el tiempo de la representacion que les quede libre fuera de sus ejercicios personales.

Leotard aceptó esta obligacion, y, como los otros, la habia desempeñado desde su entrada en la compañía de M. Dejean; pero no pasó mucho tiempo sin que le pesara terriblemente semejante compromiso. ¿Cómo era posible que el *trapeziólogo* Leotard, el idolo del público parisiense, él, — que segun refiere en sus *Memorias*, no tiene ventura de dar un paso por la calle sin verse objeto de los obsequios amorosos de las púdicas princesas de *Breda-Street* y de *Mabille-Garden* — cómo era posible, repito, que siguiera por mas tiempo desfigurando sus formas apolonescas bajo un traje desairado, y el cual respira, por otra parte, cierto perfume de servidumbre? Vamos, convengan ustedes en la enormidad del sacrificio. Que le lleve su padre, antiguo profesor de Tolosa, nada tiene de particular. Que todos sus camaradas le vistan, muy santo y muy bueno. Que se presente con él ese bravo Adolfo Franconi, ese

doctor en ciencias caballares, que bien puede llamarse tan artista, es decir, casi tan artista como el joven Leotard, está muy en el orden. Pero que se le ponga el susodicho idolo, el celeberrimo *trapeziólogo*, es un disparate de marca mayor. Por eso esta idea ha venido á ser en él una idea fija; por eso antes que renunciar á su vestido color de carne, arrostrará un proceso.

Y el proceso llegó!

El procurador de M. Dejean leyó la correspondencia cambiada entre su cliente y el joven Leotard. «Aseguro á usted — escribe el artista á su director — que sin despreciar por eso á mis camaradas, á quienes estimo, estoy resuelto á no llevar traje intermediario entre el vestido de calle y el traje de punto. Bien sabe usted que el uniforme de los artistas llamados acróbatas no está, desgraciadamente, admitido por el gran mundo...»

Segun esto, preséntense ustedes con frac azul de boton amarillo y pantalon con franja de oro en el faubourg Sain-Germain, y les darán á ustedes con la puerta en los hocicos: pero vayan ustedes en traje de punto color de carne, y no quedará duquesa que no se honre en recibirlos...

Bien dice Bridoisson: La forma es el todo.

Sin duda para las duquesas es para quienes el amigo Léotard se hizo fotografiar en traje de punto. Pero despues de lo ocurrido en la audiencia el joven gimnasta ha hecho una segunda edicion de fotografías sin vestido color de carne. ¿Las dedica tambien á las duquesas?

Nadie lo sabe.

Léotard — á quien el implacable procurador de M. Dejean compara con el hermoso Narciso, enamorado de sí mismo — ha desenvuelto de un modo admirable en sus *Memorias* la complicada teoría del traje de punto. El traje de punto no contribuye únicamente á que admitan en el gran mundo á la persona que le vista: «Quieren ustedes — dice el *trapeziólogo* — ser adorados de las mujeres? Pues bien, adopten mi traje.» Y para decidir á los tímidos que no se atrevan á seguir sus huellas, añade, muy sério: «El trapecio no es de rigor.»

¡Respira, corazon mio!...

¿Creerán ustedes que el tribunal ha sido tan

la evocacion. Su Exc. era quien habria debido ver y no yo; sin embargo, yo veía y Su Exc. no veía.

— ¿A quién ve usted? me preguntó repentinamente el duque.

— Veo á Ana-María Wellesley, vuestra sobrina, la segunda hija de nuestro hermano.

Hubo un rumor en el salon. Nadie habia pronunciado este nombre despues de mi entrada.

— ¿Sabia usted que habia muerto? me dijo el duque en voz baja.

— Sí, milord; el marqués de Wellesley, me anunció en el último otoño esta triste noticia.

— Ah! sí, muy triste!... repitió, mientras sus ojos se esforzaban en contener sus lágrimas; muy triste!... Mary era mi ahijada... se ha llevado consigo la alegría de la casa...

Volvió la cabeza hácia el espejo y dió un grito. Robert Peel tuvo apenas tiempo para lanzarse y sostenerle en sus brazos. Habia visto, él tambien; pero cuando recobró los sentidos, no quiso decir nada. Aun mas, prohibió que se le recordara nunca esta circunstancia.

No habia ido yo á Londres para ver mediums ó muertos. El momento era difícil y los negocios en extremo pesados. Olvidaba á David Hammer y declaro, que al volver á Paris, despues de haber dado cima á la mas lobariosa de todas mis misiones diplomáticas, me habrian causado la mayor sorpresa á mí mismo recordándome la aven-

tura de Apsley-House. — En Paris, proseguí, por supuesto, mi oposicion al gobierno, al cual acababa de servir en secreto, y todo tomó el rumbo ordinario.

La historia me otorgará, segun los documentos que la suministrarán mis amigos, una patente de volubilidad política. Se me acusará tal vez de traicion, porque, apartándome siempre del que caía bajo la mano de Dios, no he servido nunca mas que á un señor, esto es, á la patria!

Encontré una noche, al entrar en mi casa, una tarjeta con el nombre de Francis Nothumb. Se hallaba escrito con lápiz por bajo del nombre: *con una carta de Washington*. Esto podia tener dos sentidos: una carta que viniera de la ciudad de Washington en donde tenia, en el gobierno, numerosos amigos, ó bien: un escrito de Jorge Washington mismo, el ilustre fundador de la Union, que venian á proponerme tal vez para mi coleccion de autógrafos. Coloqué la tarjeta sobre la chimenea y me acosté sin pensar mas en esto. Me dormí inmediatamente, contra mi costumbre; apenas me habia dormido cuando ví, en un sueño tan extraordinario que es preciso referirosle, á Caxton de Baltimore, nuestro primer medium.

No sé por qué signo reconocí que estaba muerto, pero estaba muerto. Se dirigia hácia mí, conduciendo por la mano á su hermana Elena, que estaba muerta tambien. Haré notar de paso que yo igno-

raba la vida y la muerte de esta hermana Elena, de quien nunca habia oido hablar. Sin embargo, la reconocí como á una persona que me hubiera sido muy familiar, y sentí por ella un antiguo y vivo interés. Era una joven muy bella, alta y delgada; en medio de su frente pálida, existia un agujero redondo y negro, circundado de un reborde violáceo: un agujero de bala. El hecho no me sorprendió, pues que en mi sueño la habia visto asesinar por una rival, en el umbral de la puerta de sir Francis Nothumb con quien ella se iba á casar. Este sueño duró toda la noche, presentando esta circunstancia singular, de que el hermano y la hermana no cesaron de encaminarse hácia mí, sin alcanzarme nunca.

Despertóme, ya muy entrado el dia, un lacayo que venia á anunciarme la visita de sir Nothumb, el que me traía una carta de Washington. El nombre de Nothumb me turbó mas de lo que puedo decir, y me hizo pensar en mi sueño. Entonces solamente fué cuando caí en la cuenta de no haber conocido nunca á Elena Caxton, la hermana del medium, al cual no habia visto aun mas de una vez, y de no poseer ninguna nocion tocante al asesinato cuyas circunstancias se me habian presentado tan bien en mi sueño. Salté de la cama, con el objeto de sacudir lo que me parecia un vértigo.

(Se continuará.)

PAUL FÉVAL.

(J. R.)



cruel que ha condenado á Léotard á volver á encapillarse el traje de escudero, bajo la pena de 300 francos por cada contravención, y á 4,000 francos de daños y perjuicios por habersele quitado sin el permiso de su director? Ah! si el tribunal se hubiera compuesto de mujeres!... Otro gallo le cantaría á M. Dejean!

Pero no es un tribunal femenino, por ejemplo, el que yo hubiera deseado para el doctor Fleury, no á fé mía. Porque entonces el demasiado amable doctor habría salido de entre las manos de sus jueces como Orfeo salió en otro tiempo de entre las manos de las bacantes.

Este doctor Fleury, de quien hablo á ustedes, es un hombre de no escaso talento, y — según dicen — uno de los nuevos y mas brillantes apóstoles de la hidroterapia.... Instalado en sumagnífico establecimiento de *Bellevue* — que bajo su dirección había llegado á ser una especie de fuente de Juvencio — recibía en él á las mujeres del gran mundo, y por sí mismo las administraba la salud, las fuerzas y la juventud bajo la forma de chorro hijiénico. — Sí, señores, por sí mismo: el buen doctor no había querido confiar á nadie el manejo de este delicado tratamiento. En vano el Pudor trató de levantar el grito: la Ciencia habló mucho mas alto. Pero ¿por ventura la Ciencia no es siempre casta?

No siempre, á lo que parece.

Sin embargo, puede uno ser buen médico y no por eso dejar de ser hombre.

Y sabido es que así el hombre como la mujer, gustan de llevar á los labios el fruto prohibido.

Luego el doctor Fleury... pero corramos un velo discreto sobre todo lo que no sea el proceso mismo, y atengámonos á las solas circunstancias comprobadas judicialmente.

Apesar de no hallarse en la flor de la juventud, — puesto que á pasos de gigante avanza ya hacia los cincuenta años, — el buen doctor supo despertar los mas tiernos sentimientos en el corazón de una de sus enfermas, joven y encantadora moscovita... M<sup>me</sup> Matilde F... tenía 120,000 fr. de dote, y se conceptuó muy dichosa con poderse los ofrecer unidos con su blanca mano, al seductor y venturoso Hipócrates. El doctor no se hizo de rogar, y en el mes de mayo de 1859 se casó con su enferma, y... concluye el acto primero.

Pero, no bien fué pronunciado el sí matrimonial, cuando la mujer lejitima quedó relegada al olvido, y una tal M<sup>me</sup> D<sup>\*\*\*</sup>, esposa de un colega del doctor, vino á ocupar su puesto. M<sup>me</sup> Fleury no contaba sino veinticinco años, y M<sup>me</sup> D<sup>\*\*\*</sup> tenía sus cuarenta y dos, largos de talle!...

¡Misterios del corazón humano!

Desde mucho tiempo existía entre M<sup>me</sup> D<sup>\*\*\*</sup> y nuestro buen doctor una intimidad que el matrimonio de éste no debía sin duda interrumpir.

Sometida á los insolentes caprichos de la antigua querida, ultrajada y llena de humillaciones á cada instante, la joven esposa no tardó en verse obligada á abandonar el domicilio conyugal y á buscar asilo en una habitación de la calle Taitbout.

El doctor, continuando siempre en su intriga con M<sup>me</sup> D<sup>\*\*\*</sup>, tomó serias precauciones para evitarse enojosas pruebas... y vean ustedes lo que su afán amoroso le hizo discurrir. En el piso superior de su alcoba mandó practicar una trampa, hábilmente disimulada por las molduras del techo. Un oculto resorte hacia abatir esta verdadera trampa, y M<sup>me</sup> D<sup>\*\*\*</sup> descendía como en una gloria de teatro. Cuando la madura diosa tocaba el suelo, la trampa se elevaba... y los felices amantes entraban en conversacion.

No es verdad que no esperaban ustedes ver un

establecimiento hydroterápico transformado en escuela práctica de magia?

El asunto va teniendo sus ribetes de hechicería.

Una noche, acababa de jugar la trampa, y los felices amantes de comenzar su diálogo de costumbre, cuando héte aquí que llaman á la puerta del cuarto. Asómbrase el doctor de ser interrumpido á hora tan desusada y pregunta el nombre del importuno.

— El comisario! — responde una voz imperativa.

Dejo á la consideracion de ustedes el fulminante efecto que produciría esta palabra. M<sup>ma</sup>. D<sup>\*\*\*</sup>, corre hacia la trampa y empuja el resorte; pero ¡oh sorpresa! la trampa no se mueve. El doctor, parlamentando siempre con los de afuera, trata de ir en su ayuda y aplica tambien un vigoroso empuje... inútil esfuerzo! la trampa maldita se resiste á bajar para recoger su preciosa carga. Mientras tanto el comisario habla de echar la puerta al suelo. Decídense por fin á abrir, y el magistrado comprueba... el mas flagrante delito que ha sido comprobado en un proceso verbal.

Una criada curiosa había adivinado y vendido los misterios de la famosa trampa.

El doctor y su cómplice se apresuraron á emprender la fuga; pero han sido condenados en rebeldía á un año de cárcel, y decretada la separacion judicial de los cónyuges, en provecho de Madama Fleury, que de este modo entra de nuevo en posesion de su dote.

Y aquí tienen ustedes el desenlace de esta comedia de magia, que no es menos divertida que la *Gallina de los huevos de oro* ó la *Pata de cabra*.

¿Aun no están ustedes satisfechos de *mágica negra*? Pues vengan conmigo hacia la Borgoña, y demos juntos un paseo por la pequeña municipalidad de Treigny. ¿Ven ustedes ese hombre de tez pálida, de nariz puntiaguda y de ojos hundidos que parecen lanzar llamas desde el fondo de sus órbitas? — Es Billard el adivino... Billard es hechicero y mago, exorcisa los animales y las personas, conjura la mala fortuna, comunica familiarmente con los espíritus de lo alto, hace horóscopos, encuentra perdidas genealogías y predice el futuro destino de los niños de pecho.

Acaban de dar las doce de la noche: Billard ciñe en torno de sus riñones un cinturón rojo y blanco, toma el libro *alfabético* y va á llamar á la puerta de los esposos Guinault...

Los esposos Guinault tienen tres hijos; una chica de edad de quince años, y dos muchachos, el uno de once y el otro de ocho. Billard ha descubierto en su libro mágico, que Guinault descendía por línea recta de San Loup, y que sobre su venturosa familia lloverán á mares todas las bienaventuranzas de este pícaro mundo... La hija debe llegar á duquesa; el hijo mayor está llamado á ser rey de *Assida*; pero el mas hermoso lote es sin disputa el del hijo menor, el de Atanasio-Juan-Bautista-Victoriano-Ludovico-Sixto, como le ha bautizado Billard. El horóscopo de este le llama nada menos que á ser *profeta*. Y sin embargo, no vayan ustedes á creer que la cosa se ha hecho así como quiera. La plaza de profeta fué vivamente disputada!... Billard asegura á los esposos que en una *circunferencia* habita en Sens entre el señor arzobispo, el mismo Billard y el abate Sicard, cura de San Salvador, había costado un triunfo hacer admitir al pequeño profeta, porque el príncipe de Montauban presentaba tambien á su hijo, de edad de catorce años, para el número vacante; á su hijo, á quien apoyó con gran empeño el cura de Saint-Fargeau; pero que gracias á los esfuerzos reunidos de Billard y del abate Sicard, el tierno Guinault había vencido, y de seguro sería profeta y amigo de Dios.

Sin embargo, faltaban todavía ciertas formalidades que llenar para que la candidatura del joven Atanasio no se quedase á medio camino, por cuyo motivo, una vez cada semana, y en punto de media noche, iba el *Administrador* — este era el nombre que daban á Billard — á despertar al profeta en ciernes. Haciale recitar oraciones, pásale por el cuello un pañuelo que él llamaba el *santo-óbolo*, y ejecutaba en honor suyo gestos y mojigangas de toda especie. Inútil es decir que todas estas visitas concluían por una petición de dinero: dinero para la genealogía de Atanasio, dinero para enviar á Sens y dinero para remitir á Roma. Los esposos Guinault, que no siempre se hallaban provistos de cuartos, solían pagar en especie cuando no tenían dinero, y, entre otras cosas, daban algunas liebres al *industrioso* mago. Billard había recibido así hasta unos diez y seis de estos animalitos. «Liebres, siempre liebres! — dijo Billard — esas gentes concluirán por aburrirme con tanta liebre: no es eso lo que á mí me conviene, por vida mia!»

Los esposos Guinault y el pequeño profeta declararon toda la historia en la audiencia del tribunal correccional, y oyeron condenar á Billard á tres años de prision, 100 francos de multa y diez años de suspension completa de derechos civiles. ¿Estarán al fin desilusionados? Billard, con un cinismo inaudito, dijo ante el juez de instrucción: «La justicia no impedirá que esas jentes crean en los sortilegios, ni que sean explotadas por los hechiceros. No me estrañará, cuando vuelva de mi condena, ver á la mujer Guinault venir de nuevo con una liebre en su canastillo á reclamar mi ministerio...»

¡Y decir á Dios que en las estadísticas de M. Carlos Dupin figura el departamento del Yonne entre los mas civilizados!

¿Cómo serán entonces los otros?

EL CIRINEO.

(Trad. F. de la V.)

#### EL PALACIO DE VENTAS.

A Méry.

Acaso no habrás olvidado, mi querido poeta, aquel hermoso día de primavera que nos encontramos en la calle Drouot, casi en el mismo umbral del Palacio del Martillo.

El mes de abril engalanaba á la sazón con su rico manto de flores y de verdura á la sonriente naturaleza.

Nunca había tenido París por dosel un cielo tan azul ni tan puro.

En ese día, acababa de malbaratarse una hermosa colección de admirables cuadros de Ruysdaël.

Tú me dijiste al apretarme la mano:

— Gilberto ¿por qué no habíamos de ser nosotros millonarios? Ah! cómo siente uno la falta del dinero cuando vé poner en venta esas obras maestras del arte!

Otro día (tú no estabas allí) un vago instinto de curiosidad me arrastró hacia ese palacio, á donde la muerte y el drama cotidiano de París conducen tantas riquezas.

En el patio, un anciano judío de barba gris tendía el anzuelo, como suele decirse, á un joven y aristocrático lion.

Entre otras cosas, le repetía á cada minuto con un acento germánico muy marcado:

— Venga usted, venga usted!... hay muy hermosos cuadros en venta!

Entonces me acordé, mi querido poeta, de los amargos reproches que hacías á tu pícara fortuna.

Sí, tienes razón.

¡Es muy sensible mirar puestos en venta esos





S. M. la reina Victoria de Inglaterra.

Ayuntamiento de Madrid





La vuelta al establo.



cuadros de gran precio, cuando uno ama las bellas artes y cuando no se tiene un cuarto en el bolsillo!

Desde hace cuatro años, se han subastado mil obras maestras de la escuela Flamenca, y á menudo han sido adjudicadas por unos cuantos miserables napoleones.

Cada vez que uno asiste á un espectáculo semejante, no puede menos de lanzar al aire un profundo suspiro y de preguntarse con infinita tristeza: «Ese Téniers pertenecía á un digno aficionado. Las desgracias le han obligado á venderle. ¿A qué manos irá á parar?»

Yo, yo mismo he visto un Van-Miéris, una perla del arte, pasar, por casi nada, á manos... de un antiguo comerciante de carbon!

Verdad es que desde aquella hora fatal no he podido nunca resignarme á ver la subasta de ningun lienzo.

Al escuchar las exhortaciones del anciano judío, mi primer movimiento fué volver la espalda para tomar la puerta; pero en el mismo instante llegó á mis oídos la satírica voz del hijo de Israel, quien, alentando siempre á su joven capitalista, añadía:

— Ah! también hay, señor, muchas cosas de Japon y Sévres en venta!

No se necesitaba mas para decidirme; porque si amo con pasión la escuela holandesa, no soy menos aficionado á la antigua porcelana.

El Palacio del Martillo, teatro donde se representan sin cesar tantos dramas conmovedores, es por otra parte un lugar en extremo poético.

Aquí venia frecuentemente el difunto Balzac á hacer sus estudios de costumbres.

Aquí se reúne también á cada instante cuanto hay de mas distinguido en el mundo burocrático y en el de las bellas letras.

El baron de Rothschild abandona á menudo la Bolsa por venir á pasar aquí dos ó tres horas al día.

Hasta una linda y célebre actriz del Vaudeville no teme hacer resonar su franca y estrepitosa risa bajo las bóvedas donde se albergan tantos misterios.

Me dirás que también vienen á derramar aquí lágrimas amargas los infelices que tienen que vender sus muebles para pagar la cuenta del panadero.

Pero ¿qué quieres? este es el reverso de la medalla.

Paris es así. Junto á un pedazo de oro, un cúmulo de miserias. Los contrastes resaltan á cada paso.

El anciano hebreo tenía razón. En el programa del día figuraban maravillosas colecciones de porcelana, y entre estos preciosos despojos de alguna gran fortuna, había porcelanas del Japon y del antiguo Sévres. Sobre una larga estrada, y puestas en simétricas hileras, veíase una multitud de esas lindas y pequeñas tazas que formaban la delicia de nuestros padres.

En otro tiempo, aquellos riquísimos juguetes se pagaron sin duda á peso de oro: ahora, acaso bastaban algunas monedas de plata para adquirirlos.

No me había engañado.

El judío de la barba gris, mediante la suma de veinte y cinco francos, se hizo adjudicar todo un servicio.

Como ya habrás adivinado, esta compra no era para él, sino para el joven y pequeño Creso á quien servia de oficioso testa-ferro.

Y efectivamente, oí que le repetía en voz baja:

— Ya usted vé!... por veinte y cinco francos!... casi de balde!... pero me debe usted la gomision.

Cuando acabó la frase, el comisario-apreciador de servicio enseñó una nueva pieza. Era una pequeña escribanía, que, á lo sumo, tendría dos ó tres ve-

ces el tamaño de un huevo, y sin embargo ¡qué obra maestra! Había venido de Java directamente. Bastaba la sola inspección de las pinturas para conocer la calidad de la pasta. ¡Cuántas flores y pájaros raros! ¡qué frescura de colorido! Necesario es el pincel de un bárbaro para producir semejantes maravillas!

Quise ver el asunto que representaba. Como siempre, era un capricho ó un enigma indescifrable para todo europeo. El pintor japonés había diseñado un conejo con bigotes y espuelas, gravemente sentado en un sillón, enseñando á leer á una serpiente. En torno del grupo revoloteaban azules mariposas. ¿Qué significaba esta pintura? El Instituto no lo sabe, ni yo tampoco.

Pero no era el trabajo artístico de esta escribanía su mayor mérito, un rótulo enseñaba á los circunstantes que era una reliquia histórica de las mas preciosas. Sí, aquella escribanía había sido regalada por una reina — ¡y qué reina! — á un escritor de los mas ilustres.

Lee el rótulo como yo le leí entonces:

REGALO DE LA REINA MARIA-ANTONIETA Á RIVAROL.

Veo desde aquí á los escépticos menear la cabeza, y añadir á este movimiento una sonrisa de incredulidad.

Pero que los escépticos piensen lo que les dé la gana.

En un rincón de la escribanía se encontraba un pedazo de cera verde, en el que estaban grabadas las armas de Francia, y sobre el rótulo, una certificación con la firma de Rivarol.

¿Aun no era bastante?

Preciso es creer que los circunstantes se hallaban plenamente convencidos.

Púsose el objeto en subasta: los aficionados empezaron á pujarle con gran empeño.

Miré entonces al anciano judío: era uno de los mas ardientes pujadores. Después de haber dicho una palabra en secret, al joven *lion* que tenía á su espalda, hizo subir la escribanía de un solo golpe á trescientos francos.

La escribanía de Rivarol le fué adjudicada.

— Usted me debe siempre la gomision — gruñó el judío.

En cuanto al joven, sacó del bolsillo un puñado de oro, pagó los trescientos francos y la gomision al hebreo, y se llevó la escribanía del espiritual periodista.

Qué hará de ella? Ay! tal vez un receptáculo donde poner á refrescar la camelia que la señora moda ordena lleven hoy los elegantes en el ojal de la levita!...

Hace ya mucho tiempo que desaparecieron las subastas extravagantes como la en que se vendió la escribanía de Rivarol.

Ahora, un camafeo cualquiera, una simple sardónica oriental alcanza algunas veces el fabuloso precio de veinte mil francos. Y ¿no hemos visto también disputarse algunos cuadros con un encarnizamiento que el fanatismo del arte explica apenas? Y ¿no hemos visto, como sucedió en la venta Rottier, pagar sumas enormes por objetos fútiles, tales como algunos saleros?

Peripicias son estas de que ofrece abundantes ejemplos nuestra moderna civilización.

GILBERTO AUDEBRAND.

(Trad. F. de la V.)

#### LA VUELTA AL ESTABLO.

La vuelta al establo es el cuadro mas acabado y sintético de M. Troyon, su obra mas notable en la esposición del año 59. En ninguno de sus lienzos ha empleado M. Troyon un dibujo tan puro, un colorido tan fresco y luminoso. Creemos por lo mismo que esta magnífica página del arte quedará reservada para la Francia y que bien pron-

to podremos estudiarla á nuestro sabor en el museo del Luxemburgo, donde á no dudarlo ocupará un lugar preferente entre las obras maestras de los pintores modernos.

MAC VERNOLL.  
(Trad. F. de la V.)

#### JUGUETES LITERARIOS.

##### I

##### LAS ESTRELLAS.

¡Salud, chispas de la gloria!

Vosotras sois el polvo que los Querubes de la noche levantan al marchar!

Cuando alguna de vosotras *tiembla* ¿es que la conmueve el ala de un serafín?

Cuando alguna de vosotras *palidece*, ¿es que pasa sobre ella el soplo del Eterno?

Cuando alguna de vosotras *desaparece de pronto* ¿es que la coje, para jugar con ella, la Mano del Omnipotente?

Misterios!

¡Cuánto adoro vuestros rayos! En algunos creo ver el que fluía de las pupilas de la mujer que me amó.

En otros yo no sé qué creo ver, que me echo á llorar.

En otros hallo consuelos y esperanza; pues al verlos tan puros, tan ricos de luz, de hermosa magestad, prorrumpo mi conciencia estremecida de dicha: «Dios existe!»

Y creo y espero.

Por que *Él* es el áncora suprema, infalible de todo desgraciado.

¡Adios, topacios de la altura, polvo de los orbes!

¡Bendito sea vuestro Creador!

##### II

##### MI PERRO.

Se llama *Leon*.

Es negro como mis recuerdos.

Sus ilustres progenitores jugaron en medio de las olas que azotan las frias costas de las islas de Terranova.

Tiene una vara de altura; dos desde la punta del hocico hasta la estremidad de su larga cola, y su lomo es una mesa palpitante en la cual se podría contar un millon en oro.

Luce largos bigotes blancos, á fuer de viejo; su vida asciende á diez años.

No ladra; *truena*.

Es vírgen, en el sentido lato de la palabra; está, pues, adornado de la misma cualidad que inmortalizó á Alfonso II.

Mi perro es el único sér que me ha hecho experimentar el sentimiento de la *envidia*. ¿Quereis saber por qué? porque sobre su enorme cabeza se han posado manos de diosas que no se dignarían jamás tocar á mis cabellos.

Le tengo ahora delante, y me mira como preguntándome: «¿qué haces?»

Siento que los perros, á pesar de toda su inteligencia, no puedan aprender á leer cuando hay tantos asnos que lo consiguen; si supiera él, le enseñaría esta hoja.

Su boca es una cueva magnífica, armada como la de su rey, cuyo nombre lleva.

Cuando lame mi mano, me la ajita; cuando me acaricia, me derriba; cuando se echa á mis piés, quedo *preso*.

Le quiero, le amo, y le llamo mi buen amigo.

Mas...

Crítico; si te choca oírme hablar de Leon, lo siento... por él.

¡Qué remedio! soy tan estúpido que le creo muy superior en bondad á los hombres! Y para mí esa cualidad vale por todo.

A propósito: ¿conoces tú la bondad?

Lo dudo.